

VII

“Estábamos bailando sin ninguna preocupación cuando, de repente, el humo invadió la pista y enseguida nos dimos cuenta de que había un fuerte olor a quemado en el ambiente. Nos empezó a picar la garganta y a llorar los ojos. Se cortó la luz y todo quedó a oscuras. Entonces corrimos de acá para allá buscando la salida. La puerta que daba al patio trasero estaba cerrada, por lo que la única forma de salir fue por la entrada delantera. En la desesperación, muchos cayeron al piso y sus cuerpos bloqueaban la puerta”, declaró el adolescente *Esteban Velázquez* ante la justicia durante la investigación del incendio del boliche *Savannah*, ocurrido en diciembre de 1993 en la Costanera Norte del Río de la Plata.

Esa noche se desarrollaba en dicho local nocturno la fiesta de egresados de un colegio privado porteño en el que Esteban había cursado el secundario hasta un año antes, por lo que aún conservaba muchos amigos con los que jugaba al fútbol.

A raíz del incendio murieron 17 personas, entre ellas uno de los encargados y una joven embarazada que trabajaba en el lugar, y otras 24 resultaron heridas, en su mayoría estudiantes.

La principal hipótesis apuntó a que todo comenzó cuando un grupo de asistentes a la fiesta -alcoholizados con bebidas que habían ingresado clandestinamente ya que estaban prohibidas por ser un encuentro de menores de edad- prendieron fuego parte del mobiliario como una broma.

Además, dentro del local había 600 personas cuando, en realidad, estaba habilitado para albergar apenas 150.

Meses después del incendio, un adolescente de 16 años fue aprehendido tras ser señalado por una sobreviviente como la persona que salió corriendo del sector de

reservados justo antes de que allí se iniciara el incendio que luego se propagó al resto del local. En ese sentido, las sospechas indicaban que este muchacho, acompañado de dos amigos, había apilado una serie de almohadones de los sillones de dicho sector y los prendió fuego.

Por su parte, este sospechoso declaró ante la justicia que él no tuvo nada que ver con el incendio, que al momento del inicio del mismo no se encontraba en los reservados sino jugando al metegol cerca de la puerta de ingreso al boliche.

Los querellantes insistieron en que este chico debía ser acusado de “homicidio simple con dolo eventual” -castigado con penas de 8 a 25 años de prisión- y no de “homicidio culposo” -prevé condenas de uno a cinco años siendo excarcelables las menores a tres-, tal como se caratuló el expediente desde un primer momento.

Durante esa etapa de la pesquisa, el sospechoso estuvo varios meses alojado en un instituto de menores hasta que lo liberaron por un *hábeas corpus* y finalmente quedó desvinculado de la causa por falta de pruebas en 2006.

En cambio, la justicia investigó a los dueños del boliche, la arquitecta que construyó el local y una decena de inspectores municipales por las irregularidades cometidas la noche del incendio y previamente en la habilitación del lugar.

Uno de los propietarios, la arquitecta y la inspectora que aprobó el expediente del boliche fueron absueltos en una primera instancia pero tras una apelación de dicha sentencia recibieron penas excarcelables, por lo que nunca fueron a prisión.

Los familiares de las víctimas denunciaron un “pacto de silencio” entre todos los investigados y apelaron cada uno de los fallos hasta llevar su caso a la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) que ordenó que el Estado argentino debía indemnizarlos, lo que ocurrió veinte años después de la tragedia.

El 10 de febrero de 2010 por la madrugada, Esteban Velázquez, recientemente retirado como futbolista profesional, se encontraba en la casa de unos amigos que lo habían invitado a cenar. Su esposa, *Verónica Torres*, se había quedado en el domicilio de ambos junto a los dos hijos menores de edad de ella, fruto de un matrimonio anterior.

Alrededor de las 3, Esteban regresó al PH en el que convivía con Verónica, situado en el barrio porteño de Mataderos, y al entrar al living se encontró con la mujer, con quien inició una discusión. En medio de la pelea, ella fue rociada con alcohol y prendida fuego, mientras que él tomó una manta que cubría el futón para sofocar las llamas, lo que le provocó quemaduras en sus brazos y manos.

Seguidamente, Esteban cargó a su mujer malherida en su auto y la trasladó hasta el hospital más cercano, ubicado a unas nueve cuadras de distancia, donde la paciente recibió las primeras curaciones en la guardia e inmediatamente después, debido a la gravedad de su estado, fue llevada al *shock room*.

Mientras tanto, el ex futbolista regresó al PH, despertó a sus dos hijastros y los llevó hasta la casa de su cuñada Nancy, la hermana de Verónica que también residía en Mataderos.

Luego, Esteban volvió en el auto al hospital donde fue atendido por sus quemaduras leves en los miembros superiores, tras lo cual, acompañó a su mujer, quien fue derivada al Hospital de Quemados porteño, para que recibiera una atención especializada en el tipo de lesiones que presentaba.

Esa misma madrugada, el ex futbolista quedó detenido por su presunta responsabilidad en el hecho y dado que era una figura pública, lo ocurrido con él y su mujer se convirtió rápidamente en una de las noticias principales de todos los medios periodísticos del país.

Por otro lado, Verónica permaneció internada con el 50% de su cuerpo quemado y en coma farmacológico para que soportase el dolor hasta el 21 de febrero, cuando falleció a raíz de dichas heridas que derivaron en una neumopatía. De acuerdo a los médicos, este tipo de pacientes suelen sufrir infecciones generalizadas que provocan una falla multiorgánica y esto fue justamente lo que ocurrió con esta mujer.

Dos días antes de la muerte de su esposa, Esteban fue excarcelado porque la justicia consideró que, en principio, se había tratado de un accidente doméstico, lo que coincidía con la versión de él.

En su primera declaración ante los investigadores, Esteban contó que en momentos en que discutía en el living con Verónica, ésta se le paró enfrente “con una botella de alcohol en las manos” y que con ese elemento atinó a pegarle en la cabeza. “Creo que fue lo primero que encontré a su alcance”, relató el hombre.

“La frené con la mano y la botella se fue contra el hombro de ella y ahí se estranguló. Saltó la tapa y se salió el líquido”, describió el ex futbolista y agregó que luego hubo un “zamarreo” entre ambos ya que ella no quería soltar el recipiente con el alcohol. “Tuve que sacársela de las manos, dedo por dedo, y como nos quedamos mojados me sequé con un cobertor”, añadió.

Según Esteban, su mujer se quedó con las manos agarradas y él le indicó que se fuera de allí. Ella se alejó unos pasos hacia la entrada del PH y al hacerlo se apagaron todas las luces del ambiente. Enojado porque creía que la mujer había bajado la térmica intencionalmente, el ex futbolista encendió un cigarrillo, circunstancia en la que se le prendió fuego primero una mano y luego la otra. “¡Boludo!”, le gritó Verónica al ver lo ocurrido y tomó un almohadón del futón para apagarlo, aunque en esa maniobra el fuego se propagó sobre su cuerpo.

“Fue todo una cuestión de segundos. Quisimos apagarnos abrazándonos pero no podíamos. Así que agarré el cobertor, nos tapamos los dos y ahí sí pudimos”, señaló Esteban en el juzgado, repitiendo, con más detalles, la versión que había brindado inicialmente a los policías que, alertados por los médicos, se presentaron en el hospital pocos después del ingreso de su mujer quemada.

Sin embargo, los familiares directos de Verónica no creían en los dichos de Esteban y cuando la mujer murió se presentaron como querellantes en la causa para poder pedir medidas de prueba.

José, el padre de la víctima, declaró como testigo que a él le constaba que la relación entre su hija y Esteban en el último tiempo se había vuelto violenta a raíz de una serie de agresiones de parte de él. “Una vez estaba hablando por teléfono con Verónica y escuché los gritos de él diciéndole ‘hija de puta, me hiciste una denuncia, vos sabes todo lo que tuve que pasar con lo de Savannah, te voy a quemar, te voy a matar’”, recordó el hombre, quien solicitó que los dos hijos de Verónica, únicos testigos presenciales, fuesen citados a declarar a través de la Cámara Gesell.

En ese sentido, el hijo mayor de Verónica declaró que la noche del hecho él le pidió a su madre, antes de irse a dormir, que dejara de llamar por teléfono a Esteban para que éste no se enojara. Mientras que el hijo menor refirió que durante la madrugada no estaba dormido y pudo oír la discusión entre su mamá y el ex futbolista en medio de una serie de ruidos compatibles con una situación de trifulca.

A su turno, Nancy contó que en una ocasión vio que su hermana “tenía moretones en los brazos” y que en otra oportunidad en la que fueron a buscar juntas a los chicos al colegio, Verónica “llevaba lentes de sol y al sacárselos observó que tenía un ojo morado”.

“Cuando le preguntaba qué le había pasado me respondía que se había golpeado sola porque era muy torpe y se resbalaba o tropezaba mientras limpiaba la casa”, declaró Nancy, quien describió a Esteban como una persona que “humillaba” a Verónica y a los hijos de ésta.

“Y cuando yo le remarcaba estas situaciones ella me decía que había a cuidarlo a Esteban por todo lo que él había sufrido con lo de Savannah”, añadió.

Y en similar sentido declararon por esos días el ex esposo de Verónica -padre de los dos hijos de la mujer- y una amiga de la víctima.

Paralelamente, el médico de la guardia del primer hospital al que ingresó la víctima declaró que la paciente “entró vestida sólo con una bombacha, gritaba pidiendo ayuda, toda quemada” y que al preguntarle qué le había ocurrido, la mujer respondió “pucho y alcohol”.

Otra de las médicas que la atendió allí declaró que Verónica sólo le dijo “me quemé” pero que no supo si quiso decir que lo había hecho ella misma o que la habían quemado, al tiempo que el cirujano afirmó que la paciente le dijo que su esposo “la prendió fuego”.

Mientras las sospechas sobre Esteban comenzaron a sumarse dentro del expediente judicial, el forense que practicó la autopsia al cuerpo de Verónica concluyó en su informe que la víctima recibió un derrame de alcohol “desde adelante y a la derecha, y desde una altura estimada a su mismo plano corporal o superior al de ella.”

“El líquido chorreó desde arriba hacia abajo. Coincidió en que ella se encontraba sentada ya que presentaba quemaduras en el tronco por fuego directo”, señaló el médico forense y en ese sentido detalló que las lesiones “más profundas se ubicaron a nivel de los hombros”.

La víctima también sufrió quemaduras inguinales y mamarias ya que “no vestía ropa en la parte superior de su torso y sólo ropa interior en su parte inferior”, aunque la bombacha “no entró en contacto con el alcohol”, registrándose lesiones por escurrimiento “en el muslo derecho de su parte anterior y el periné del lado derecho”.

De acuerdo al forense, “las quemaduras por líquidos calientes o inflamables respetan las zonas que no entran en contacto con él”, por lo que la ropa interior que vestía Verónica la protegió, igual que el futón a las partes corporales en contacto con ese asiento como “los glúteos, la cara posterior de los muslos y el periné posterior”.

Respecto a las lesiones en la cara y cuello, el informe de autopsia estableció que “no serían por fuego directo sino por calor húmedo” y que las heridas en la vía aérea superior externa e interna permitían suponer que la víctima había respirado aire caliente a más de 70 grados durante varios segundos.

También se indicó que la víctima no presentaba quemaduras en las palmas de las manos pero sí en el dorso de las mismas, lo que no coincidía con “la típica reacción” de una persona que se está prendiendo fuego y se intenta apagar con sus manos. Por ello, el forense estimó que Verónica “o bien tenía los puños cerrados o estaba asida a algo”.

Además de realizar la autopsia, el forense analizó las quemaduras que Esteban sufrió en sus manos y las comparó con las de la víctima; sobre lo que sostuvo que se trataban de lesiones “en espejo” que son las que solían ocurrir cuando dos personas “se encuentran en situación de incendio, ya sea de acercamiento o contacto, o en actitud de querer separarse”.

“Esto permite inferir que la víctima y su esposo estaban enfrentados y que ella tenía sus manos sobre él. Y dicha situación explicaría también el motivo por el cual la palma de las manos de ella se encontraban respetadas”, afirmó el médico legista.

Por último, el forense señaló que si bien desconocía la cantidad de alcohol derramada sobre la víctima, “la misma tuvo que haber sido de un volumen suficiente como para escurrir por el hemicuerpo derecho y producir las lesiones mortales”.

Mientras que respecto a cómo se había desencadenado el fuego, un peritaje oficial incorporado también al expediente comprobó que “para encender el alcohol tiene que haber llama”, por lo que no pudo haber ocurrido por la incandescencia de la colilla de un cigarrillo, tal como lo sugería Esteban.

En tanto, un informe sobre comunicaciones reveló la existencia de veintisiete llamados en menos de cuatro horas, cursados desde el teléfono de la mujer al celular de su marido y a la casa de los amigos de aquel, lo que fue confirmado posteriormente por el dueño de la casa que, además, declaró que ante esa situación le aconsejó a Esteban que se quedara a dormir allí para evitar el enojo de su mujer.

Los indicios y pruebas se iban sumando en contra de Esteban, quien continuó en libertad, lo que comenzó a generar cierto disgusto en la opinión pública que seguía los avances de la investigación a través de la prensa ya que se sentía atraída porque había una figura pública y reconocida involucrada.

Pero la repercusión de esta noticia tuvo otras consecuencias mucho más severas ya que en los meses siguientes ocurrieron nuevos casos de mujeres quemadas presuntamente por sus parejas, lo que colocó sobre la mesa de debate el tema de la violencia de género.

Esta problemática había comenzado a ser tenida en cuenta en 2008, cuando se realizaron las primeras estadísticas sobre “femicidios” a través de organizaciones no gubernamentales debido a que el Estado demoró varios años más en hacerse cargo de dicho trabajo.

Los números indicaban que existía una tendencia alcista en la cantidad de homicidios contra mujeres -en su mayoría cometidos por arma de fuego, arma blanca o estrangulamiento- ya que el primer conteo había arrojado 208 y el segundo 230; mientras que en enero de 2010 se registraron 24 y en febrero otros 20 -siempre incluyendo los casos en grado de tentativa-, lo que llevaba a inferir que ese año terminaría con un total aún mayor.

El sábado 23 de mayo por la mañana, la joven *Betiana* se encontraba en su domicilio de la capital neuquina, donde convivía con un taxista de 40 años, padre del menor de los dos hijos de ella, de apenas diez meses; mientras que el mayor de los chicos era fruto de una relación anterior de la joven ama de casa.

La muchacha acababa de desayunar y planeaba alguna actividad de ocio para realizar ese fin de semana largo cuando comenzó a discutir con su concubino, mientras que los dos hijos de la mujer dormían en su habitación.

En medio de la pelea, Betiana fue rociada con alcohol y prendida fuego, lo que le provocó quemaduras en el 85% de su cuerpo, especialmente, tórax y piernas, por lo que su pareja la trasladó hasta el hospital de la ciudad.

La joven ingresó en grave estado y a pesar de la asistencia médica recibida murió al día siguiente.

Ante esta situación, la Policía aprehendió al taxista como acusado de haber matado a su mujer a pesar de que el hombre se declaró inocente y dijo que Betiana se había suicidado.

Los investigadores policiales allanaron la vivienda de la pareja y secuestraron prendas de vestir quemadas y otros elementos de interés para la causa, que quedó radicada en la Fiscalía de Graves Atentados contra las Personas.

En un primer momento, los pesquisas no pudieron hallar testigos presenciales de lo ocurrido, sólo un par de vecinos de la mujer que contaron que escucharon gritos y vieron a Betiana salir de su casa a la carrera, envuelta en una toalla y prendida fuego.

El comentario en el barrio que se esparció rápidamente fue que el taxista la había quemado intencionalmente luego de haberle aplicado puñetazos y patadas, aunque en la posterior autopsia no se hallaron lesiones por golpes. Por lo que el hombre fue excarcelado pocos días después por falta de pruebas.

A diferencia de Betiana, la estudiante de Psicología *Alejandra* tuvo una larga agonía ya que a principios de marzo sufrió quemaduras en el 80% de su cuerpo y murió a raíz de esas graves heridas recién el 8 de julio en el Hospital de Quemados porteño, adonde había sido trasladada desde la ciudad correntina de Paso de la Patria, en la que al momento del hecho pasaba sus vacaciones junto a su pareja, Daniel.

Ambos habían alquilado una casa en dicha ciudad ubicada a orillas de río Paraná, donde iniciaron una violenta discusión en la que ella fue rociada con alcohol y prendida fuego, lo que le provocó quemaduras en cuello, tórax, miembros superiores y vías respiratorias, mientras que Daniel sufrió lesiones en ambas manos cuando aparentemente intentó apagar las llamas que envolvían a la joven.

En esa maniobra, Daniel tomó a su pareja de los cabellos y la llevó hasta el baño, colocándola debajo de la ducha de agua fría, tras lo cual, alertó a la Policía, cuyos efectivos encontraron a la víctima minutos después en ese mismo lugar.

Alejandra fue asistida inicialmente en Paso de la Patria, luego en la capital correntina, donde la sometieron a una intervención quirúrgica por quemaduras de grado dos y, debido a que estado de salud siguió siendo delicado, los médicos decidieron

trasladarla vía aérea al Hospital de Quemados, en el que quedó internada en coma farmacológico y fue acompañada por su ex esposo y padre de su hija menor de edad.

Por su parte, Daniel quedó aprehendido en la ciudad de Corrientes, de donde era oriundo al igual que Alejandra, como sospechoso de haber quemado a la joven intencionalmente.

Sin embargo, al igual que en los otros casos mencionados, el hombre dijo que no se trató de un intento de homicidio sino que ella se había prendido fuego sola, ya sea por accidente o en un intento de suicidio.

De acuerdo a la versión del hombre, él estaba preparando el almuerzo en la cocina y su mujer, quien se hallaba a sus espaldas, limpiaba la mesa de ese ambiente con “alcohol puro”. En esas circunstancias se inició una discusión respecto a un posible embarazo y, en un momento dado, él percibió un fuerte olor y al darse vuelta la vio a Alejandra prendida fuego, por lo que la socorrió inmediatamente.

Lo cierto es que si bien los peritos secuestraron en el lugar del hecho una botella de alcohol, un encendedor y un test de embarazo, no detectaron rastros de ese líquido inflamable en la superficie de la mesa descrita por el hombre, quien era empleado del gobierno provincial y también fue excarcelado poco tiempo después -antes de que Alejandra falleciera- por falta de pruebas.

Una agonía casi tan extensa como la de Alejandra fue la que padeció *Catalina*, quien a fines de marzo sufrió quemaduras en el 40% de su cuerpo en un confuso episodio ocurrido en una casa de la ciudad santacruceña de Río Gallegos, donde convivía con Mauro y los tres hijos de ambos: una niña de 4 años y mellizos de 2.

Cuando el hombre fue llevado a la comisaría para dar su versión de los hechos sostuvo que Catalina estaba “loca” y que se había rociado con alcohol y prendido fuego ella misma con un encendedor.

Por su parte, la mujer quedó internada en el hospital de la capital santacruceña donde los médicos constataron que presentaba quemaduras en el rostro, cuello y miembros superiores, pero no en la cabeza, lo que se contradecía con la mecánica del hecho descripta por su pareja.

Durante su internación, Catalina estuvo acompañada por el propio Mauro ya que toda su familia era oriunda de la provincia de Corrientes, aunque al enterarse de lo sucedido, Agustina, la madre de la joven, viajó inmediatamente a Río Gallegos.

La mujer pudo dialogar con su hija antes de que ésta perdiera el conocimiento por la sedación que le disminuía el dolor y le preguntó qué había le ocurrido, pero Catalina no lo hizo y hasta se rehusó a hacer la denuncia, tal como lo había hecho meses antes, cuando recibió las primeras amenazas de muerte de parte de Mauro.

“Le tenía pánico”, contó la mamá a la prensa cuando su hija fue derivada a un sanatorio privado del barrio porteño de Palermo y ella, desesperada, hizo que el caso se conociese públicamente para obtener ayuda ya que ni siquiera contaba con un abogado.

“El marido nos dijo que la derivó a la Capital porque en el hospital de allá estaba de paro pero era mentira”, relató la mujer, quien consideró que Mauro se contradecía “todo el tiempo”.

“Él decía que tenía una buena relación pero, en realidad, se peleaban permanentemente porque la celaba mucho, sobre todo, con los compañeros de trabajo de ella en el frigorífico”, detalló.

Además, Agustina aseguró que el hombre también era violento con los hijos de la pareja y que, a su vez, el mayor de ellos le contó que “vio como el padre le tiró un líquido a la madre y la prendió fuego con un encendedor que había en la cocina”.

A pesar de estos testimonios, Mauro nunca fue acusado del hecho y luego de que Catalina murió el 20 de julio se mudó con sus tres hijos a la casa de unos familiares suyos en Puerto Deseado, ciudad ubicada unos 740 kilómetros más al norte, sobre la costa atlántica de la provincia de Santa Cruz.

Todo lo contrario sucedió con Osvaldo, quien el 3 de agosto, el mismo día en que murió su esposa *Graciela*, quedó detenido como acusado de haberla asesinado prendiéndola fuego.

Dicho crimen ocurrió el 28 de mayo, durante una pelea que la pareja mantuvo en su casa de la ciudad misionera de Los Helechos, donde la mujer sufrió graves quemaduras en la mayor parte del cuerpo.

Inicialmente, Osvaldo contó a los investigadores que se había tratado de “un accidente”, pero antes de morir la propia Graciela le contó a su hermana que él la había prendido fuego intencionalmente y que hacía tiempo venía siendo víctima de agresiones de su parte.

A pesar de que estos antecedentes no habían sido denunciados por la mujer, cuando su hermana declaró lo que Graciela le contó acerca de lo ocurrido, la justicia dispuso la detención de Osvaldo.

Unas tres semanas más tarde, se conoció un nuevo caso de una mujer quemada, el cual tuvo una amplia repercusión mediática, similar a lo ocurrido con Verónica.

Es que esta vez se trató de una víctima embarazada de cinco semanas, *Fabiana*, quien el 18 de agosto sufrió graves quemaduras mientras se encontraba en su casa del partido bonaerense de Lomas de Zamora, donde residía junto a su concubino Martín.

Aquel día hubo una fuerte discusión entre ambos y Fabiana terminó con el 90% de su cuerpo carbonizado, por lo que fue internada en el Hospital de Quemados de La Plata, en el que murió tres días después.

Por su parte, Martín declaró que se había tratado de un accidente cuando Fabiana, vestida con pantalón corto y musculosa, estaba en el sillón del living limpiando unos CD's con alcohol y un algodón, y comenzaron a discutir.

“Ella se paró con sus brazos recogidos a media altura, sosteniendo en su mano derecha una botella plástica con alcohol y en su mano izquierda un encendedor, con el que encendió un cigarrillo que llevaba en la boca”, declaró el hombre.

Martín dijo que en esas circunstancias Fabiana quedó envuelta en llamas, por lo que él se arrojó sobre ella para apagar el fuego y le arrancó la remera musculosa, a raíz de lo cual, sufrió algunas quemaduras leves sólo en los pulgares de ambas manos y la pierna izquierda ya que él tenía colocada una campera.

Tras la muerte de Fabiana, el forense estableció que las quemaduras más graves las sufrió en el tórax y en la cara posterior de sus manos, mientras que la cara y las palmas presentaban lesiones intermedias y superficiales.

Este perito también estimó que por la forma de esas quemaduras, y las propiedades del líquido combustible, “el foco ígneo tuvo que necesariamente ser acercado por otra persona”.

Esta hipótesis fue la que sostuvo desde un primer momento la familia de Fabiana, que denunció que la joven era víctima de la violencia doméstica aplicada por

Martín y que éste, luego del hecho, hizo desaparecer una cámara de seguridad que, al parecer, había grabado imágenes de lo sucedido.

“Él dijo que tenía puesta una campera y un buzo, pero ninguna de esas dos prendas exhibieron el más mínimo indicio de haber sufrido los embates de siquiera un efecto térmico”, explicó a la prensa Hugo Azcárate, el abogado de Elsa, la madre de Fabiana que se constituyó como querellante en una causa penal que se estancó sin imputados durante muchos meses.

El mismo día en que murió Fabiana, *Julieta* sufrió quemaduras cuando se encontraba con Mario, su amante, en la terraza de la habitación de hotel que alquilaba en la ciudad de Salta.

Los médicos del hospital de la capital salteña estimaron que las lesiones habían sido el resultado de la combustión de alcohol, activado por la llama de un fósforo.

Debido a su delicado estado de salud, Julieta no pudo relatar lo sucedido, mientras que Mario, quien estaba casado y tenía cuatro hijos, dijo a los investigadores que ella se había tratado de suicidar quemándose “a lo bonzo” luego de que él acabara de decirle que no quería verla más ya que no pensaba dejar a su mujer.

Sin embargo, la justicia abrió una causa penal por “lesiones gravísimas” aunque la misma se re-caratuló como “homicidio” 72 horas después, cuando Julieta falleció en el hospital.

Luego, los investigadores determinaron que Mario había borrado rastros de la habitación de hotel y que, incluso, escondió en su propio domicilio parte de la ropa que la víctima llevaba puesta la noche del crimen.

Los pesquisas también establecieron mediante distintos testimonios que, a diferencia de lo que había manifestado Mario, era Julieta quien le dijo a él que no quería que se siguieran viendo porque ella pretendía reconciliarse con su ex esposo.

En ese sentido, una amiga de la víctima declaró que el amante ya había golpeado en alguna ocasión a Julieta, quien trabajaba como empleada de comercio en la capital salteña. Pero, como solía ocurrir en estos casos, la mujer no lo denunció por temor.

Mientras que otra huésped del hotel contó ante la justicia que la noche del crimen vio desde la terraza de su habitación cómo el sospechoso le aplicó un par de puñetazos a la víctima y que dos horas después escuchó a la mujer gritar “¡Me queman!, ¡me queman!, ¡por Dios!”.

Y en base a todos estos elementos probatorios, el juez de la causa ordenó la detención del amante de Julieta.

No todas las mujeres quemadas presuntamente por sus parejas durante 2010 murieron a raíz de las heridas sufridas. Fue el caso de *Diana*, quien el 7 de septiembre quedó internada en grave estado con lesiones en el 65% de su cuerpo en un hospital del partido bonaerense de Almirante Brown.

Por ese hecho, Gustavo, marido de la víctima, quedó detenido en el acto como acusado de haberla rociado con alcohol y prendido fuego con un encendedor, ocasionándole las quemaduras más graves en el rostro, parte superior del torso y brazos.

Si bien se habían casado hacía ocho años, Diana y Gustavo no vivían juntos desde un mes antes del ataque cuando se separaron a raíz de las reiteradas agresiones de él hacia ella, según contaron a la Policía la madre y una hermana de la víctima.

“Él compró una botella de alcohol camino a la casa donde antes vivía con Diana y cuando entró a la vivienda, sin mediar palabra, la prendió fuego en momentos en que

el hijo de ambos estaba en la escuela”, indicó Silvia, la mamá de la joven que sí había denunciado en la Comisaría de la Mujer a Gustavo por violencia doméstica.

“Hizo dos denuncias pero nunca le pusieron custodia ni la justicia dictó una restricción perimetral”, contó la madre, quien fue la que encontró a su hija toda quemada, desnuda y bajo la ducha del baño y llamó a una ambulancia para que la trasladasen al hospital en el que Diana debió permanecer alojada varias semanas más para recuperarse de las heridas.

Este tipo de recuperaciones suelen ser lentas, como el accionar de la justicia en algunos casos: recién en noviembre, Esteban quedó formalmente detenido por el “homicidio agravado por el vínculo” de Verónica.

En su dictamen a favor de esta medida, la fiscalía sostuvo que no existían elementos suficientes para demostrar que se había producido un corte de luz en el lugar de la discusión de pareja ni mucho menos que la mujer lo había provocado intencionalmente, por lo que quedaba descartado que el ahora imputado actuó bajo un cuadro de estrés postraumático derivado de su experiencia personal en el incendio del boliche Savannah, tal como argumentaban los abogados del ex futbolista.

“No hay disminución de su capacidad de culpabilidad”, indicó el fallo judicial en el que se precisó que, incluso, un reloj eléctrico enchufado a la pared en el living de la casa de la pareja nunca dejó de marcar la hora correcta durante la madrugada en la que ocurrió el crimen, lo que no habría sido posible si se hubiese cortado la luz.

Más allá de esta decisión de la justicia, la defensa de Esteban adelantó que insistiría en que el ex futbolista actuó bajo “emoción violenta” producto del estrés postraumático mencionado que le provocó una “súbita pérdida de la dirección de sus propias acciones”.

Esto explicaría el porqué de las contradicciones en el relato de lo sucedido que había efectuado Esteban ante los investigadores, a los que les afirmó que apenas se cortó la luz él se quedó “quieto, como congelado”.

En la apelación a la detención del ex futbolista efectuada posteriormente ante la Cámara Penal, la defensa citó el informe de tres peritos de parte que concluyeron que Esteban presentaba “rasgos fóbicos, como el miedo a la oscuridad y el de experimentar pérdidas”, que era un hombre “impulsivo pero no violento” y que, por su parte, Verónica tenía “una personalidad conflictiva, intolerante y fácilmente irritable”.

Esta estrategia no prosperó y Esteban siguió preso, pero ni siquiera esta detención tuvo un efecto de contención en la seguidilla de mujeres quemadas presuntamente por sus parejas.

El domingo 5 de diciembre por la tarde, *Nadina* se encontraba en su casa del partido bonaerense de La Matanza y, aprovechando que su hija menor de edad estaba jugando en lo de una amiguita, le comunicó a su concubino allí presente, Facundo, que quería separarse de él porque estaba cansada de sus constantes malos tratos.

Cuando la mujer le dijo que pretendía mudarse y llevarse a la hija de ambos con ella, se desató una violenta discusión en la que Nadina resultó quemada en el 92% de su cuerpo, a raíz de lo cual, un vecino la socorrió y la trasladó hasta el hospital más cercano en el que sobrevivió apenas unas horas.

Ese mismo día, Facundo quedó detenido en el mismo hospital como acusado de haber asesinado a su mujer tras rociarla con nafta y prenderla fuego.

De acuerdo a la acusación, el ataque se desencadenó cuando el hombre tomó el bolso con ropa que Nadina ya tenía listo para marcharse de la casa y lo llevó hasta el

taller que funcionaba en el fondo de la vivienda y del que tomó un bidón con nafta para incendiarlo.

Cuando la mujer quiso rescatar su bolso con ropa fue entonces que se cree que Facundo la quemó a ella, al tiempo que él también se salpicó con nafta y sufrió algunas lesiones leves.

Al enterarse de lo ocurrido, Ofelia, la madre de Nadina, viajó desde la provincia de Formosa, de donde era oriunda toda su familia, viajó a Buenos Aires y declaró en la fiscalía a cargo de la investigación que el sospechoso había intentado previamente ahogar a su propia hija en una pileta.

“Estaban de vacaciones en mi casa, en Formosa, y una noche él la quiso ahogar pero mi hija lo evitó”, sostuvo la mujer y aclaró que hicieron la denuncia de lo ocurrido en la justicia local pero que ésta nunca tomó medida alguna.

Por su parte, Facundo dijo ante los efectivos policiales que lo detuvieron que su mujer se había quemado ella sola, aunque luego se negó a declarar en la fiscalía, donde le tomaron testimonial al vecino que auxilió a la víctima y dijo que Nadina le alcanzó a decir que su pareja la había prendido fuego.

El sábado 15 de diciembre por la noche, *Aldana* estaba junto a su hija de 4 años en su departamento ubicado en el centro del partido bonaerense de Moreno, adonde arribó su ex marido y padre de la niña, Héctor.

La pareja se había separado en junio, tras lo cual, el hombre se mudó del departamento. Pero esa noche regresó con la excusa de que tenía un regalo para darle a su hija. Según Leticia, la hermana de Aldana, cuando ésta bajó a abrir la puerta del edificio fue rociada con alcohol y prendida fuego.

“Envuelta en llamas, mi hermana intentó escapar por las escaleras pero él la tomó de la piernas. Por suerte, ella pudo zafar, volvió al departamento, se mojó con agua y pidió ayuda”, relató Leticia ante los periodistas que la entrevistaron en la puerta del Hospital de Quemados porteño, en el que Aldana quedó internada con pronósticos reservado a raíz de las quemaduras sufridas.

Según la hermana, la víctima tenía heridas en el cuello, una oreja y el brazo del mismo lado y hasta las piernas, aunque las lesiones no superaban el 20% de la superficie corporal.

En tanto, Héctor escapó del edificio, aunque alcanzó a ser visto por varios vecinos de Aldana que salieron de sus departamentos alertados por los gritos de la mujer, y en la esquina se cruzó con un par de policías a bordo de un patrullero a los que les dijo que un delincuente acababa de atacar a su ex esposa.

El hombre abandonó el lugar inmediatamente y cuando la Policía descubrió lo sucedido realmente e intentó localizarlo ya fue demasiado tarde. Lo buscaron por los lugares que solía frecuentar pero el sospechoso ya había desaparecido.

“Él las tenía abandonadas y las manteníamos nosotros, la familia. Por eso Aldana se cansó y lo dejó”, describió Leticia, quien se mostró agradecida de que su sobrina resultó ilesa.

De acuerdo a la hermana de la víctima, Héctor era un hombre “enfermo y muy violento”, y en una ocasión, antes de la separación, le fracturó un brazo a Aldana, quien lo denunció en la comisaría varias veces.

“Ahora intentó matarla pero no pudo. Esperemos que la Policía lo capture y que los vecinos que vieron lo ocurrido se presenten a declarar en la justicia para que vaya preso y pague por lo que hizo”, añadió Leticia, quien no pudo ocultar su “bronca” por la inacción de las autoridades ante las denuncias previas de su hermana.

Todavía resonaban los fuegos artificiales de la Navidad celebrada un par de días antes y también los que anunciaban la proximidad del Año Nuevo cuando *Natalia* sufrió graves quemaduras en el 50% de su cuerpo en su casa de la ciudad bonaerense de Bahía Blanca, donde residía con su marido, Darío, y la hija de ambos, de 1 año.

Se trató de un hecho confuso, en el que la única certeza inicial a la que pudieron arribar los investigadores fue que había existido una discusión de pareja y que el hombre también sufrió quemaduras en sus manos, producidas por la combustión de un líquido inflamable.

Natalia quedó internada en estado delicado en un hospital bahiense donde murió al día siguiente, en tanto que su marido no fue acusado ya que la fiscalía se inclinó, en base a los dichos de él, por la hipótesis de que se había tratado de un suicidio dado que la mujer registradas intentos previos de quitarse la vida y depresión.

De todos modos, la justicia no cerró la investigación inmediatamente, a pesar de que los indicios recolectados con las siguientes diligencias de rigor apuntaron a esa pista.

Así, el 2010 terminó con un total de 260 femicidios, 30 más que el año anterior aunque lo peor estaba por venir al año siguiente, cuando se alcanzó la alarmante cifra de 280.

VIII

El primer subsuelo de *Berlín Hauptbahnhof* estaba oscuro y frío, y más aún cuando me encontré prácticamente solo, parado en el andén tras haber arribado a la terminal demasiado temprano y a bordo de un taxi que tomé en la parada ubicada frente al hotel. Siempre odié la impuntualidad por considerarla una falta de respeto. Por ello, cada vez que tenía salir hacia un lugar específico y de gran relevancia, procuraba hacerlo con antelación. A raíz de ello, se convirtió en un hábito llegar antes de tiempo a cada cita importante, como la de esa mañana, cuando debía partir en un tren de alta velocidad hacia *Praga*, la capital de la República Checa.

Cómo me sobraban unos minutos subí por la escalera mecánica a la planta baja de la estación y tomé un café en uno de los tantos locales abiertos al público. Y aproveché esa ocasión para pasar por la oficina de informes en el *hall* central y preguntar, con mi *ticket* de tren en mano, si mi viaje había sufrido alguna modificación de último momento y la respuesta fue “*nein*”.

Luego entré tranquilo a una casa de cambio para comprar coronas checas, tras lo cual, regresé al andén donde ya se había reunido una considerable cantidad de pasajeros que aguardaban el mismo tren que yo, el *Intercity Express (ICE)* proveniente de *Kiel*, en el norte de Alemania, cercana a la frontera con Dinamarca.

Mi boleto indicaba no sólo el asiento que tenía asignado sino también el vagón que debía abordar. A su vez, en la cartelería del andén había un gráfico del tren en el que señalaba la posición de cada uno de los vagones y estas indicaciones se repetían con números en el suelo junto a las vías, por lo que los pasajeros que no eran primerizos como yo esperaban de pie en el orden dispuesto en el piso.

Y para completar este culto a la perfección organizada, el tren -pintado de gris con vetas rojas y con forma de bala- arribó exactamente a la hora prevista y detuvo su marcha de tal manera que cada vagón se encontró a la altura de las señales del andén. De esta manera, la gente abordó sin demoras y la formación apenas permaneció unos minutos en la terminal berlinesa.

Una vez a bordo del tren deposité mi valija en el sector entre vagones destinado al equipaje y fui a buscar mi asiento, al tiempo que ningún empleado ferroviario se hizo presente para pedirme que le mostrase el *ticket*. Lamentablemente, un hombre mayor que viajaba junto a su mujer estaba ocupando mi asiento junto a la ventanilla cuando en realidad debía ocupar el contiguo al de ella, también sentada pegada al cristal pero del otro lado de la mesa que separaba los cuatro lugares en dos asientos dobles enfrentados.

A regañadientes, el hombre accedió a cambiarme de lugar y así quedé sentado junto a la ventanilla y de espaldas a la locomotora, es decir, en el sentido en que avanzaba el tren. Sinceramente, me hubiese gustado estar ubicado dónde lo hacía la mujer, como yo lo hacía cada vez que utilizaba un transporte público y procuraba quedar mirando siempre hacia el frente del camino.

Antes de abandonar Berlín hubo bastante movimiento de pasajeros que, evidentemente, no habían respetado las indicaciones de por dónde abordar el tren y recorrían los vagones de un extremo al otro buscando su asiento. En ese grupo también estaban los turistas que tenían un *ticket* sin asiento asignado y, en vez de ubicarse en los vagones exclusivamente destinados a tales fines, procuraban hallar otro libre en un sector de la formación más a su gusto.

De todos modos, el tren era lo suficientemente amplio para permitir el paso de personas cargando equipaje por el pasillo que separaba las hileras de asientos aunque

tanto movimiento atrajo mi atención y me mantuvo inquieto a pesar de que nadie se sentó a mi lado.

Recién me relajé y empecé a disfrutar del viaje al pasar por la Estación Central de *Dresde*, la última del territorio germano antes de cruzar a la República Checa. El tren se detuvo unos pocos minutos en la zona de andenes ubicada debajo de una de las tres cúpulas de hierro y vidrio de la terminal que dejaban pasar la luz natural, aunque a grandes rasgos, la edificación se veía opaca, como el final del socialismo que había imperado en esa ciudad.

Cuando el ICE salió de la estación tomé una fotografía del cartel azul con letras blancas que rezaba “*Dresden Hbf*” junto a la fachada de color arena gastado, la cual contaba con un alto arco coronado con una estatua y a ambos lados del mismo sendas torres con un reloj cada una.

Durante la Guerra Fría y la Alemania dividida, en Dresde funcionó uno de los cuarteles de la KGB que operaba en ese territorio junto a la Stasi local. Tras la caída del Muro de Berlín, un grupo de manifestantes marchó hacia la sede de los espías soviéticos donde el único agente que se encontraba custodiando la puerta abandonó su puesto apenas advirtió la gravedad de la situación.

Minutos después apareció un oficial de contextura pequeña, pelo rubio y unos ojos claros penetrantes que, con suma calma y autoridad, les advirtió a los manifestantes que no entrasen por la fuerza ya que sus “camaradas” estaban armados y tenían la autorización para disparar en casos de emergencias como éste.

Al escuchar a este oficial soviético, los manifestantes se retiraron mientras que el agente de inteligencia se comunicó con una unidad de tanques apostada en la zona para pedir protección ya que sabía que el peligro no había cesado. Pero del otro lado de la

línea le dijeron que no podían hacer nada sin una orden directa desde Moscú y en ese momento el centro estaba “callado”.

Aquel joven oficial de la KGB había llegado a Dresde a mediados de los 80' en su primer puesto como agente de inteligencia en el extranjero. En aquella época, había espías soviéticos por toda Alemania Oriental, donde hallaban condiciones de vida mejores que en su país. De hecho, estos agentes gozaban de mejores salarios y ciertas libertades que en la URSS no había.

Para el oficial ruso y su familia de aquel entonces, vivir en las limpias calles de Dresde fue una especie de paraíso... hasta fines de 1989, cuando se desató un período de crisis en distintas ciudades de la RDA que derivaría en la caída del régimen.

En ese contexto, el epicentro de las manifestaciones civiles estaba en *Leipzig*, ciudad ubicada unos 100 kilómetros al noroeste de Dresde y donde funcionaba el cuartel general de la Stasi. Allí, desde 1982, los ciudadanos se reunían cada lunes en la *Iglesia San Nicolás* para rezar por la paz y la reunificación alemana. Pero en septiembre del '89, aquel movimiento traspasó el ámbito religioso y copó las calles, naciendo así lo que se llamó la “*Revolución Pacífica*”, la cual tuvo su apogeo el 9 de octubre de aquel año cuando hubo una marcha de 70 mil personas que captó la atención mundial. “*Wir sind das Volk* ('Nosotros somos el pueblo', en alemán)”, fue el grito unánime de la muchedumbre que recorrió el centro de la ciudad con velas encendidas.

Mientras que en Dresde, cinco días antes de aquella histórica marcha se desató una serie de incidentes cuando cientos de refugiados de la RDA que habían pedido asilo en la embajada de Alemania Federal en Praga fueron autorizados a viajar en tren al sector occidental germano. Cuando el lunes 4 de octubre la formación sellada pasó por la estación central de Dresde, unas 5 mil personas se reunieron en esa terminal e intentaron abordarla por la fuerza. La Policía local intervino para desalojar el lugar y se

produjeron serios incidentes durante los cuales un grupo de manifestantes arrojó adoquines contra los efectivos y demolieron partes del edificio ferroviario. También incendiaron un vehículo policial, por lo que las fuerzas de seguridad reprimieron con carros hidrantes, gases lacrimógenos y golpes de cachiporras, y detuvieron a unas 1300 personas, muchas de las cuales ni siquiera habían participados de los incidentes.

Ante estos hechos, el gobierno local habló de “elementos antisociales” y envió a un gran número de prisioneros a la cárcel de *Bautzen* -ciudad ubicada unos 50 kilómetros al oeste y que se caracterizaba por sus torres y castillos medievales-; en tanto que los ciudadanos volvieron a reunirse y a protestar para que liberasen a los detenidos, pero muchos de ellos también terminaron presos el 7 de octubre.

Un día después hubo una nueva manifestación en la *Plaza del Teatro*, en el centro de Dresde, la cual fue disuelta por la Policía que detuvo a cientos de personas a las que sometieron a extensos interrogatorios hasta la tarde siguiente.

Por la noche del 8 de octubre, una delegación de 20 manifestantes encabezados por un capellán logró entablar un diálogo con representantes del alcalde y evitar nuevos enfrentamientos con la Policía. Y si bien el gobierno local intentó detener las protestas, éstas continuaron y se volvieron más numerosas, impulsadas también por los acontecimientos de Leipzig, donde el cuartel general de la Stasi fue finalmente copado y destrozado por una muchedumbre el 15 de enero de 1990, mismo día en que se repitió la maniobra en la sede de Berlín Oriental, escribiéndose así el punto final de las persecuciones, secuestros y torturas de la policía secreta de la RDA.

Los graves incidentes de octubre generaron un caos en Dresde, lo que obligó a los dirigentes comunistas a estacionar un batallón de tanques soviéticos en los cuarteles de la ciudad a la espera de que Moscú diese la orden de entrar en acción. Pero la URSS de Gorbachev permaneció callada y los tanques nunca salieron a la calle para apoyar a

los agentes de la KGB, quienes debieron quemar todas las evidencias sobre sus tareas de inteligencia y organizar la retirada.

El joven oficial soviético estacionado en Dresde y su familia debieron afrontar la realidad de que su hogar desaparecía de a poco, mientras que sus vecinos alemanes directamente colapsaron al perderlo todo. Incluso, un mayor general de la Stasi, humillado por las manifestaciones civiles, se suicidó poco después de la “Revolución Pacífica”.

Al final de la crisis, el oficial de la KGB regresó junto a su familia a Leningrado -luego rebautizada *San Petersburgo*- a bordo de un vehículo viejo que le regalaron sus amigos alemanes. Y si bien encontró que su país había cambiado radicalmente desde su partida, sus contactos adquiridos en Dresde le sirvieron para rodearse de gente poderosa y emprender una exitosa carrera política que lo llevaría a ser tres veces presidente de Rusia.

A poco de dejar atrás Dresde, el tren pasó por *Heidenau*, en el sur del estado de Sajonia, donde comenzó a bordear la margen oeste del río *Elba*, el cual nacía en el norte de la República Checa y desembocaba, tras recorrer más de 1100 kilómetros, en el *Mar del Norte*, cerca de *Hamburgo*.

En este tramo, el trayecto se abría paso por pequeñas ciudades rodeadas de espacios verdes hasta que unos 30 kilómetros más adelante, a la altura de *Schmilka*, justo antes de la frontera, la madre naturaleza se hizo presente con toda su magnificencia a través del *Parque Nacional de la Suiza Sajona*. Y a partir de ese punto, de la margen oeste seguía siendo territorio alemán y checo en la otra, donde el parque pasaba a llamarse “*de la Suiza Bohemia*”.

Todo este itinerario lo fui siguiendo en el mapa de mi *Smartphone*, con el que accedía a Internet gracias al *Wi-Fi* gratuito de a bordo aunque la red no me permitía utilizar la mensajería instantánea. Pero el paisaje exterior me obligaba a despegar la vista de la pantalla ya que la principal atracción estaba en las montañas boscosas que se levantaban junto al río, del lado checo, y en cuyas laderas se divisaban entre los árboles unas cabañas de madera y típicas casas alpinas, ubicadas bastante separadas entre sí.

En algunos sectores, las montañas presentaban altos muros de piedra en forma de acantilados, mientras que junto al Elba cruzamos por enfrente de varios puertos a los que se amarraban diversas embarcaciones.

“Si me bajara aquí mismo del tren, nadie me encontraría, jamás”, dije entre risas, aunque el tono bromista se disipó cuando recordé que aquel bello paisaje debería ser extremadamente duro en invierno, cuando la nieve lo cubría todo y las temperaturas eran bajo cero.

El tren siguió marchando velozmente y sin parar, y sólo aminoraba su marcha cuando atravesaba un sitio urbano, los cuales fueron desapareciendo en el sector occidental a medida que avanzábamos por República Checa, donde la primera estación que alcancé a ver fue *DolniZleb*.

Recién entonces me levanté del asiento para ir a comprar un café al salón comedor, en el que funcionaba un bar y restaurante con *boxes* para sentarse y comer y beber tranquilo, contemplando el espectáculo exterior. Sin embargo, tras abonar la bebida preferí regresar a mi asiento ante el temor de que me quitaran mi ubicación junto a la ventanilla, lo que nunca ocurrió.

Nuevamente en mi asiento seguí observando la margen oriental del río Elba sin interrupciones -excepto cuando un guarda me solicitó el pasaje, el cual contaba con un código de barras que chequeó con un lector electrónico- hasta que el tren llegó a

UstínadLabem, donde aquel ensueño terminó debido a que las vías se abrieron hacia el oeste y posteriormente hacia el sur, atravesando centros cada vez más urbanizados, aunque pequeños, hasta llegar finalmente a Praga, unas cuatro horas y media después de la partida.

El arribo a la estación *Praha hlavní nádrží* se produjo de manera puntual, tal como había sido la partida y figuraba en los datos del *ticket*. Ya desde el andén pude darme cuenta de que se trataba de una tarde soleada y con una temperatura más que agradable, lo que me causó una primera grata impresión. Caminé con mi valija hasta el *hall* central de la terminal donde me detuve a revisar en el mapa de mi celular la ubicación del hotel que tenía reservado, Y como no eran demasiadas cuadras, desistí de tomarme un taxi y me fui a pie.

Así me encontré con la primera dificultad: el tránsito, el cual era bastante intenso en la avenida *Wilsonova*, por la que comencé a caminar hacia el sur por la vereda que pasaba por una serie de estacionamientos subterráneos y paradas de micros

Por mi mano pasé por la parte trasera del monstruoso edificio del *Museo Nacional* de Praga, cubierto por lonas y redes ya que se encontraba en refacción, y que contaba con un amplio jardín. A éste le siguieron una hilera de construcciones de cuatro o cinco pisos, cuadradas, con aberturas de escasas dimensiones, casi idénticas en diseño y color, y ubicadas una al lado de la otra como en una gran muralla de cemento socialista. En tanto, de la mano de enfrente se intercalaban comercios y parques.

A esa altura, la avenida pasó a llamarse *Mezibranskäy* y después del cruce con *Zitnä* adoptó el nombre de *Sokolskä*, la cual se convirtió en una especie de cañón entre dos hileras de edificios que ocultaban el sol sobre el asfalto copado por vehículos particulares, taxis y colectivos.

Entonces advertí claramente que me encontraba en una zona céntrica y muy transitada, y que en ambas veredas había hoteles y mercados. Seguí caminando y a los 200 metros llegué a *Jęcna*, una avenida ancha por la que pasaba el tranvía. En la esquina me detuve a consultar nuevamente el mapa en mi celular -lo había descargado en el viaje en tren por lo que lo podía utilizar sin conexión a Internet- y para asegurarme que debía doblar a mi derecha me acerqué a preguntarle un hombre que atendía un puesto ambulante de comidas rápidas que constaba de un carro con ruedas y una sombrilla.

Aquí me topé con la segunda dificultad: el idioma. “*Dobrý den*”, saludé en checo pero evidentemente lo pronuncié erróneamente ya que el vendedor me miró con un gesto adusto. “*English?*”, le pregunté, a lo que él afirmó con la cabeza. Entonces, le mostré el papel en el que había impreso la reserva del hotel y remarcado con color la dirección *Ke Karlovu 1414*.

Ante mi consulta, el comerciante me indicó en checo cómo seguir desde allí, pero sólo lo entendí cuando me hizo señas con el dedo índice de su mano derecha, y así traduje que tenía que caminar dos cuadras hacia adelante, doblar a la izquierda y seguir una más.

Caminé 200 metros por *Jęcna* y en la ochava vi el nombre de la calle que buscaba en un cartel rojo con letras blancas pegado en lo alto de un muro de un edificio vandalizado con *grafitis*. Sin embargo, dicho cartel no indicaba numeración pero al asomarme desde la esquina divisé a mitad de cuadra un alero con banderas de distintos países, por lo que intuí que ése era mi hotel, que estaba ubicado un tramo con pendiente de una *Ke Karlovu* extremadamente angosta, al punto que muchos autos estaban estacionados con dos ruedas sobre la vereda.

La entrada a mi alojamiento tenía una puerta doble de madera y vidrio biselado. Arriba de ésta, sobre el canto del alero se podía leer el nombre del hotel, cuyas paredes pintadas de amarillo se levantaban en tres pisos con ventanales con marcos blancos.

A simple vista me pareció estar de regreso en Berlín Oriental; sin embargo, mi mapa señalaba que me encontraba en el corazón de *Nové Město* o “*Ciudad Nueva*”, la zona más extensa de la capital checa, la cual había sido fundada en 1348 por *Carlos IV de Luxemburgo, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y rey de Bohemia*, y quien dispuso que fuese planificada alrededor de los tres principales mercados de la Praga de aquella época.

El encargado de la recepción era un joven con rasgos orientales que hablaba inglés perfectamente, lo que me tranquilizó cuando hice el *check in*. Muy amablemente, me entregó las llaves de mi habitación y de la puerta de entrada; una serie de folletos escritos en ruso con los horarios del desayuno, las principales atracciones turísticas con guía de calles y de transporte público; y, por último, un listado con frases en checo traducidas al inglés. Y si bien no comprendía ni una sola palabra de ruso, la guía era una especie de mapa con los nombres originales, por lo que me iba a ser de suma utilidad.

Apenas ingresé a mi habitación situada en el segundo piso, al que accedí por ascensor, sentí una corriente de calor que me envolvió como una manta. Era un ambiente amplio y alfombrado, con un baño situado cerca de la puerta que daba al pulmón del edificio vecino que constaba de un jardín descuidado. Al final del pasillo había otra puerta que conectaba con el sector del dormitorio, en el que se desplegaba una cama junto a la ventana con vista a la calle y en un rincón una mesa redonda de vidrio con un par de sillas. Frente a la cama había un modular con la televisión y dos sillones individuales a ambos lados de ese mueble. “Con una cocina hasta se podría vivir

cómodamente en este lugar”, dije mientras me quitaba las zapatillas y las medias, y me recostaba sobre la cama.

Desde aquella posición observé que la ventana estaba abierta de par en par y la cortina blanca flameaba al compás de una brisa primaveral. ¿De dónde provenía tanto calor?, me pregunté. Abombado, me levanté, fui hasta el baño y abrí el ventiluz que daba hacia la parte posterior, pero la temperatura no descendió.

No entendí lo que sucedía hasta que me di cuenta de que detrás de la puerta del baño había un radiador eléctrico encendido. Pero como el aparato no tenía un control independiente no lo podía apagar, por lo que llamé a la recepción y el encargado me dijo que lo desenchufara. Y así lo hice ya que el clima dentro de la habitación se asemejaba más al de una ciudad veraniega que al de una gris y vieja de la Europa del este imperial.

También aproveché esa comunicación para preguntarle por la clave del *Wi-Fi* y una vez que me conecté comprobé que había actividad en el grupo “Amigos”, en el que “Juan Manuel” me preguntaba directamente a mí si iba a ir o no a su fiesta de cumpleaños ya que era el único que todavía no había respondido.

Sinceramente, me molestó que no me lo hubiese preguntado por privado, más allá de que seguía sin recordar quién era él; así que respondí con un seco “no”, que no enrareció el clima del grupo ya que intervino “Eduardo” para recordarle al resto que yo me encontraba de viaje y por eso no podía ir al festejo.

Esta intervención me evitó realizar más comentarios y aclaraciones, por lo que apagué el *Wi-Fi* en mi celular y volví a concentrarme en mi itinerario. Así que me coloqué un pantalón corto, me higienicé en el baño y abandoné el hotel con el mapa en ruso en mano y en dirección de la *Ciudad Vieja*, ubicada a poco más de un kilómetro. Tomé Jecnä hacia mi izquierda y en la esquina por *Stepänskä*, la cual contaba con un

sinfín de locales comerciales, algunos de ellos dentro de galerías. Pero con los que más me crucé fueron los mercados atendidos por personas de origen oriental y casas de cambio.

En cambio, la cantidad de transeúntes me pareció poca, a pesar de que era plena tarde de un día laborable. Quizás, debido a las bondades del clima, las personas se concentraban en otro sector de la ciudad.

Esa suposición se transformó en una certeza al seguir por esa calle hasta desembocar en la *Plaza Wenceslao*, construida en el Siglo XIV y ubicada sobre la avenida homónima. Aquí me topé con numerosas personas, en su gran mayoría turistas extranjeros que paseaban de un lado al otro y fotografiaban el monumento a *San Wenceslao*, ubicado en el extremo oriental del bulevar que separaba las dos manos de la avenida y frente a la fachada en refacción del Museo Nacional.

A la distancia observé aquel monumento de bronce que constaba de la figura del personaje principal, montado a caballo, portando una lanza embanderada y flanqueada por cuatro santos femeninos.

Luego aprendí, con una extensa guía escrita en varios idiomas y que conseguí de manera gratuita en un centro de información turística situado alrededor de la plaza - rodeaba también de comercios pertenecientes a empresas internacionales dedicadas a las comidas rápidas, el café y la ropa deportiva-, que *Wenceslao I de Bohemia* había sido rey checo entre 1230 y 1253, y que en base a sus épicas luchas contra los austríacos y mongoles se convirtió en patrono de la República, lo que se celebraba cada 28 de septiembre.

En tanto, un grupo de jóvenes, aparentemente estudiantes checos, se encontraban reunidos alrededor de un macetero circular ubicado a metros de la estatua del rey y que

estaba decorado con unos arbustos prolijamente podados que decoraban un par de plaquetas de bronce en memoria a los estudiantes *Jan Palach* y *Jan Zajíc*.

Alrededor de las 15 del 16 de enero de 1969, Palach se prendió fuego en la Plaza Wenceslao sufriendo quemaduras en el 80% de su cuerpo que le provocaron la muerte. Había nacido en 1948 en la ciudad de *Vsetaty*, unos 30 kilómetros al norte de la capital de la por entonces *Checoslovaquia*, donde su padre fue pastelero y luego obrero en una panadería industrial hasta que falleció en 1962.

Por su parte, el joven Palach se graduó en la *Escuela Superior de Economía* de Praga y en el otoño de 1968 ingresó con una beca social a la *Facultad de Letras de la Universidad Carolina* de dicha ciudad en la que realizó cursos de Historia y Economía Política.

Técnicamente, ya había terminado la denominada "*Primavera de Praga*" - aunque sus efectos perdurarían bastante tiempo más- cuando entre las noche del 20 y la madrugada del 21 de agosto de aquel año las tropas soviéticas junto a las polacas, húngaras, búlgaras y de la RDA invadieron Checoslovaquia para detener la liberación política que estaba atravesando dicho país, un proceso que habían criticado durante una reunión de los integrantes del *Pacto de Varsovia* celebrada en marzo en Dresde.

Las fuerzas invasoras se retiraron pocas semanas después excepto por los soviéticos, que se quedaron a pesar de la resistencia de los checos y eslovacos que promovieron constantes protestas callejeras encabezadas por los jóvenes universitarios.

Iban cinco meses de esa asfixiante y sangrienta ocupación cuando Palach se inmoló en la principal plaza de Praga aunque antes de morir en el quirófano aclaró que él no era un suicida.

Tras su muerte se conoció que previo a prenderse fuego, el joven había enviado una carta a varias instituciones explicando los motivos de su accionar, los cuales se basaron en que él consideraba que su país se encontraba “al borde de la desesperanza” y había que protestar para “despertar al pueblo”.

“Nuestro grupo está integrado por voluntarios que están determinados a auto inmolarsse por nuestra causa. Yo tuve el honor de resultar sorteado como el número uno y así he obtenido el derecho de escribir las primeras cartas y convertirme en la primera antorcha”, sostuvo Palach.

De acuerdo a su misiva, este grupo demandaba la “inmediata abolición de la censura” y “la prohibición de la divulgación del periódico Zprávy”, una publicación de los soviéticos que llamaba la ocupación de Checoslovaquia como una “ayuda fraterna”. “De no cumplirse nuestras exigencias dentro de cinco días, arderán otras antorchas”, concluyó la carta de Palach firmada “Antorcha Nro.1”.

El 25 de enero de 1969 se llevó a cabo el funeral de Palach en la sede de la Universidad Carolina donde se reunió una multitud y el rector *Oldrich Starý* dio un discurso en el que describió el acto del joven estudiante como la “manifestación de un corazón puro, del amor supremo a la verdad, la libertad y la democracia”, y el “sacrificio máximo en aras de la nación”.

Jan Zajíc residía en *Vítkov*, unos 270 kilómetros al oeste de Praga, y asistía a la *Escuela Profesional de Transporte Ferroviario* de la vecina ciudad de *Šumperk*, donde existía una guarnición soviética, lo que generaba un alto nivel de conflictividad.

Como muchos otros jóvenes de su generación se sintió afectado por la muerte de Palach y una semana después del histórico funeral de aquel seguía sin poder dormir por las noches.

De acuerdo a una carta que le envió a un amigo suyo, Zajíc sentía “rabia” y los periódicos le daban “asco”, aunque la “inactividad” de la gente “indiferente y cobarde” le resultaba lo más insoportable ya que podía llegar a matar.

Este muchacho creía que debían “trabajar” por su causa ya que eran “millones” y “unidos” nadie iba a poder “resistir” su “ímpetu”; por ello, decidió convertirse en la antorcha número 2.

El 25 de febrero de 1969, después de haber asistido al funeral de Palach junto a sus compañeros de Šumperk y de haber participado de una huelga de hambre de estudiantes frente al Museo Nacional, Zajíc se prendió fuego en la Plaza Wenceslao.

Ese día, el joven preparó su inmolación en el patio de la casa 39, a pesar de que sus compañeros y profesores habían intentado previamente disuadirlo.

Zajíc murió en el acto y también dejó una carta dirigida a los ciudadanos checoslovacos en la que explicó que “pese” a la muerte de Palach la vida había regresado a “los viejos cauces”, por lo que él había tomado la decisión “despertar su conciencia” como la segunda antorcha humana.

“No lo hago para que alguien me llore o para hacerme famoso o quizás por haberme vuelto loco. Me he decidido a hacer este acto para que Uds. se animen finalmente y se nieguen a dejarse arrastrar por un puñado de dictadores”, escribió.

Para Zajíc, aquellos que se sintieran impactados por su acto y no desearan más víctimas debían convocar huelgas y luchar: “Quien no lucha no gana.”

“No me refiero sólo a la lucha armada ¡Que mi antorcha encienda sus corazones e ilumine su razón! ¡Que mi antorcha alumbre el camino a la Checoslovaquia libre!”, sostuvo el joven, quien había manifestado su deseo de ser sepultado en Praga, aunque las autoridades presionaron y finalmente lo inhumaron en Vítkov, adonde el 2 de marzo de 1969 asistieron ocho mil personas de todo el país.

También hubo tanques soviéticos frente a la capilla ardiente ubicada en el vestíbulo del colegio de Vitkov y a pesar de que no se produjeron incidentes, los invasores establecieron un nuevo régimen que dominaría Checoslovaquia durante veinte años más, hasta ser derrocado por la “*Revolución de Terciopelo*”.

El centro histórico de Praga había sido declarado en 1992 Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, lo que implicaba que la ciudad ofrecía un abanico de sitios interesantes para visitar y conocer, aunque yo no contaba con demasiado tiempo disponible para hacerlo. Por ello, mi almuerzo constó en detenerme un par de minutos en uno de los puestos ambulantes de comidas que había en la plaza para comprar un sándwich de salchicha -más gruesa que la había probado en Berlín- y una lata de medio litro de cerveza bien fría, lo que fui consumiendo mientras seguía caminando hacia el oeste, en dirección al corazón de la Ciudad Vieja, junto al río *Moldava*. Para entonces, las únicas palabras en checo con las que logré hacerme entender fueron “dobrý den”, que se utilizaba tanto para dar las “buenas tardes” como para decir “hola”; y “*děkuji*” (gracias).

A medida que avanzaba hacia el poniente, acercándose al agua, la avenida Wenceslao se fue agostando y metiéndose en una especie de laberinto colmado de turistas al punto que me resultaba prácticamente imposible distinguir dónde terminaba la vereda y empezaba el adoquinado de las calles. A los tropezones pasé sin darme cuenta por la puerta de la *Iglesia Católica Saint Gallen* y la *Universidad Nacional* y su *Biblioteca* hasta la calle *Zelezná*, en la que proliferaban los restaurantes con ofertas gastronómicas de distintas partes del mundo y que me condujo hasta la plaza más antigua del centro.

No sé si me impactó más la marea humana que me impedía el paso o el edificio estilo gótico del viejo *Ayuntamiento*, construido en el Siglo XIV, con su torre con su capilla abovedada y el *Reloj Astronómico* que, a pesar de estar en plena etapa de restauración, se encontraba abierto al público. “Toda Europa parece estar en reparaciones”, me quejé mientras miraba hacia arriba, hacia las cuatro figuras que flanqueaban el reloj y el calendario debajo de aquel, ambos con detalles dorados que refractaban la luz solar.

De acuerdo a los datos de la guía, de izquierda a derecha, estas figuras representaban la “Vanidad” a través de un hombre con un espejo, la “Avaricia” con un comerciante judío con una bolsa, la “Muerte” mediante un esqueleto con un reloj de arena y la “Lujuria” por un príncipe turco con su mandolina.

Se suponía que a cada hora, entre las 9 y las 21, estas figuras se movían al tiempo que desfilaban los 12 Apóstoles asomándose por la ventana y precedidos por San Pedro, por lo que permanecí parado frente al reloj aguardando a que la aguja larga llegase al XII.

-Dicen que no está funcionando por las tareas de restauración y que el año que viene van a desmontar todo el reloj -me dijo en español un joven parado junto a mí.

-Es bueno escuchar a alguien que hable mi idioma -respondí sorprendido, tras lo cual extendí mi mano derecha para estrechar la de aquel desconocido.

-¿Argentino?

-Sí, igual que tú, ¿no? -desde mi estadía en Madrid había dejado de utilizar el “vos” vaya uno a saber por qué. Y lo mismo había ocurrido en mi encuentro con las españolas en París, mi última charla en mi idioma natal.

-Cuando te escuché quejarte de las reparaciones fue un verdadero alivio -el joven seguía agitando su mano estrechada a la mía.

-Me imagino -asentí mientras soltaba su mano, dando por terminado el saludo-.
Aquí nadie parece hablar inglés.

-En mi caso es peor porque yo viajo con mi mujer y mi hijo -el joven señaló a una bella muchacha con un carrito de bebé que daba vueltas unos metros más adelante, entre las mesas de la terraza de uno de los restaurantes que ocupaban el perímetro de la plaza- y ella es la única de los tres que habla inglés correctamente.

Pobre, sólo puede comunicarse con su esposa. ¡Qué aburrido debe estar!, me dije mirando a mi interlocutor en silencio y con un gesto de resignación.

En ese momento, la mujer llamó al joven con la mano, haciéndole señas para que se acercase hasta dónde se encontraba ella.

-Bueno, me tengo que ir. Fue un gusto y espero que disfrutes de Praga. Es una ciudad hermosa -el joven se despidió con un nuevo apretón de manos.

-Gracias, igualmente.

-¡Ah! -el muchacho que había empezado a alejarse detuvo su marcha y se volvió hacia mi posición-, no te olvides de visitar el castillo. Imperdible.

-Ok, lo tendré en cuenta -agradecí aquella sugerencia con una sonrisa, a lo que el joven me devolvió una reverencia al tiempo que caminaba para atrás, guiñándome un ojo y de espaldas a su mujer, que lo esperaba impaciente.

Evidentemente, el desconocido tenía razón ya que cuando comenzó una nueva hora, las figuras del reloj ni se inmutaron, lo que debí haber previsto ya que la fachada estaba cubierta en varios tramos con una media sombra negra.

Así que abandoné mi posición y caminé hacia el centro de la plaza. “Parece el campo de un recital de rock”, dije en voz alta, intentando atravesar el nutrido cordón humano que me separaba de la *Iglesia de Týn*, situada en la esquina noreste, con sus dos torres barrocas de 80 metros de alto cada una.

Urgido por la necesidad de ir al baño aprecié la fachada de la iglesia desde lejos y me introduje en un *Water Closet (WC)*, ubicado al costado de la misma, entre dos galerías del arte. Minutos después, más relajado de vientre, pasé junto al *Monumento a Jans Hus* -uno de los precursores de la Reforma Protestante- en el epicentro de la plaza, le tomé una fotografía y después me dirigí hacia la esquina sudoeste, donde se levantaba la *Iglesia San Nicolás*, en la que una larga fila de personas pretendía entrar.

Decidido a no perder tiempo tomé un par de fotos de la fachada y seguí caminando por la calle *Parizska*, hacia el Moldava. Aceleré el paso convencido de que la mejor vista era la exterior, donde apenas unos metros separaban los antiguos tesoros del Sacro Imperio Romano Germánico y las luchas de mayo de 1945 de la plaza vieja de los locales comerciales de las firmas más modernas del mundo que se ubicaban en dicha arteria, la cual me llevó a través del *Barrio Judío* y bordeando el paredón del fondo de las dos *Sinagogas* hasta el *Puente Checo* que cruzaba el río.

Crucé hasta la otra orilla donde comenzaba el monte verde coronado por la construcción en piedra maciza del *Metronomo*, otro de los sitios de interés para los turistas. Pero yo preferí descansar un rato, apoyado sobre la barandilla del puente, mirando pasar los botes que navegaban el río en sentido norte, hacia el *Puente Carlos*, mi próxima parada.

Me costó llegar hasta allí porque el agotamiento físico se acentuó con el clima húmedo y caluroso, que hizo que me cayera aún más pesado el almuerzo. Intenté bordear el río pero las sendas peatonales se cortaban por las distintas edificaciones de la orilla, por lo que me alejé hasta la calle *17. Listopadu* que pasaba por el costado del *Cementerio Judío* y después adoptaba el nombre de *Krizovnická*, al cual terminaba en la entrada al museo del puente, ubicado junto al mismo.

Allí tomé unas fotos de la estatua de bronce del emperador Carlos IV situada en una plazoleta junto al museo y la *Iglesia San Francisco de Asís*, cuya cúpula verde agua me trajo recuerdos cercanos en el tiempo. No sé si fui yo quien organizó este viaje, pero seguro que debí haber pasado más tiempo tanto en Madrid como en París y, especialmente, Berlín, me reproché en vano.

Mientras tanto, en el arco de la torre gótica que flanqueaba el ingreso al puente me topé con una muchedumbre aún más nutrida que en la plaza, al punto que me resultó imposible registrar una imagen decente de aquella puerta de entrada a los 516 metros de largo y 10 de ancho de la estructura rocosa que cruzaba el río. Lo mismo me sucedió con las 30 estaturas -mayoritariamente barrocas- distribuidas junto a ambas barandillas del puente y de las restantes dos torres en *Malá Strana*, el extremo opuesto a la Ciudad Vieja. “Esto se parece al andén de un subterráneo en horario pico”, me dije tratando inútilmente de ojear los *suvenires* que ofrecían los vendedores ambulantes allí instalados y de escuchar las piezas que ensayaban los músicos callejeros.

“Es el puente más viejo de Praga, cuya construcción comenzó en 1357, y el segundo más antiguo en la República Checa”, indicaba el folleto-guía y añadía que antes de 1870, cuando era la única forma de cruzar el Moldava, se llamó “*Puente de Piedra*” o “*Puente de Praga*”. Y un dato que me decepcionó fue que las estatuas esculpidas entre 1683 y 1714, en realidad, se trataban de “réplicas” ya que las originales habían sido trasladadas en 1965 al Museo Nacional. De todos modos, si nadie me advertía sobre este dato, jamás habría notado la diferencia por mí mismo.

Más allá de todo, el atardecer desde el puente fue un espectáculo digno de un cuento medieval y permanecí apoyado contra la barandilla, junto a uno de los tantos faroles que todavía no se habían encendido, mirando hacia el poniente, con los techos de tejas rojas y los montes verdes de fondo y el agua discurriendo mansamente. Y a esa

altura del río, las embarcaciones permanecían amarradas a la costa, donde muchas de ellas funcionaban como locales gastronómicos para una cita romántica en vez de vehículos de paseo.

Cuando aparecieron las primeras sombras comencé a sentir cierto malestar físico. Inicialmente sospeché del cansancio, luego que estaba somatizando mi falta de compañía y finalmente concluí que se trataba de mi estómago, afectado por el almuerzo a las apuradas que había tenido unas horas antes.

Emprendí lentamente el regreso al hotel, atravesando nuevamente la Ciudad Vieja, en la que seguían proliferando las “cuevas” para cambiar dinero y en las que, llamativamente, la cotización de la moneda variaba de una a otra.

En el camino sólo me compré un agua mineral en unos de los mercados atendidos por orientales en la calle Stepänskä y mi arribo al hotel me halló en tan mal estado que apenas pisé mi habitación me quité la ropa, me coloqué sólo el *short* y remera que utilizaba de pijama, y me desplomé sobre la cama. Encendí el televisor pero no encontré ninguna señal internacional en inglés, así que cerré mis ojos para descansar la vista y, sin proponérmelo, me quedé profundamente dormido.

Amanecí confundido debido a los ruidos provenientes de la calle a través de la ventana abierta. Tal y cómo me había ocurrido en París, los trabajadores públicos recogían los residuos y con sus poderosas mangueras limpiaban con agua la vía pública muy temprano, en momentos en que las calles y veredas aún seguían desiertas. ¿Conocen esa sensación de haber dormido mucho tiempo cuando en realidad no había pasado un período tan largo de descanso? Yo sí, pero no. Digamos que me sucedía lo contrario, es decir, que cada vez que me despertaba sentía que no había dormido más que unos minutos cuando, en realidad, los relojes marcaban el paso de varias horas. Y

esta mañana no fue la excepción. Es más, me invadió un fuerte temor a que esta situación se seguía acentuando. ¿Hasta cuándo mi cuerpo iba a poder tolerarlo? ¿Y mi mente?

Contrariado por las posibles respuestas a esas preguntas me di una ducha, tras lo cual bajé al salón comedor que funcionaba en una especie de sótano, cuyas pequeñas ventanas enrejadas estaban ubicadas al nivel de la calle, por lo que se podían ver los pies de los peatones que pasaban por allí.

“*Dobrý den*”, repetía a cada huésped la empleada que se encargaba de alistar las mesas, servir la mesada con las bebidas y comidas que traía de la cocina, registrar a cada comensal de acuerdo a su número de habitación y, por último, retirar los trastos y utensilios sucios que quedaban amontonados por el salón.

El desayuno fue bastante parecido a los anteriores que me habían servido en los otros hoteles europeos aunque un poco más reducido en su oferta y abundancia. De todos modos, para no forzar mi estómago aun sensible por lo ocurrido el día anterior, comí liviano e, incluso, bebí té en vez de café. Pero este cambio no pudo evitar que antes de que abandonara el hotel no realizara una urgente visita al *toilette*.

Salí a la calle más relajado y liviano, y con mi infaltable folleto-guía a mano me dirigí a pie hasta la parada del tranvía ubicada en la esquina de Jecná y Stepánská donde abordé un interno de la Línea 22 que me depositaría al cabo de unos 17 minutos y otras nueve paradas en cercanías al *Castillo de Praga*.

No fue como en Potsdam, pero el viaje en el tranvía fue sumamente placentero. Bajo un intenso sol, la formación colorada atravesó como una bala de fuego el parque *Karlovu* y se dirigió hacia el Este, pasando por enfrente de varias galerías comerciales, el *Casino* y el *Teatro Nacional*, paradas en las que ascendieron y descendieron muchos pasajeros, principalmente los residentes abocados a sus tareas laborales. Mis ojos se

entretuvieron tanto con el alborotado ritmo de vida ciudadano como con la elegancia con la que iban vestidas las mujeres checas, altas, esbeltas, rubias, de ojos claros y tez extremadamente blanca. La mayoría utilizaban camisas, polleras y zapatos con tacos que las hacían parecer más altas de lo que eran por la postura erguida y recta que proporcionaban los mismos.

Luego, el tranvía cruzó el Moldava por el *Puente de las Legiones* y la *Isla de los Tiradores*, y al toparse con el *Memorial a las Víctimas del Comunismo* dobló hacia la derecha y continuó en sentido norte. Y en ese trayecto pasó por las iglesias católicas de *San Nicolás*, *San José* y *Santo Tomás*, hasta que comenzó a zigzaguear bordeando los jardines que rodeaban el predio del castillo, ubicado en lo alto de una colina y protegido por altos muros de piedra, como la inmaculada *Gondor* en “*El Señor de los Anillos*”.

La última parada fue *Päszky*, desde donde tuve que caminar por callejuelas adoquinadas, angostas y en subida hasta la entrada al castillo, construido en el Siglo IX y que fue la residencia de los reyes de Bohemia, emperadores del Sacro Imperio Romano, presidentes de Checoslovaquia y de la República Checa. “El castillo antiguo más grande del mundo”, destacaba mi folleto-guía y detallaba que este conjunto arquitectónico medía 570 metros de largo y 130 de ancho.

Apenas abandoné la parada del tranvía inicié una forma de peregrinación junto a decenas de turistas extranjeros por las escalinatas de piedra que desembocaban en el ingreso al predio, donde aboné el *ticket* de entrada y sorteé un puesto de control a cargo de las fuerzas de seguridad. Como en Versailles, había varios recorridos que realizar y cada uno de ellos implicaba una tarifa y duración diferente, ante lo cual, opté por el más barato y corto, que comenzaba por los jardines junto a la pared sur del castillo, donde se tenía una hermosa vista de Praga desde lo alto de la colina. Arreglos florales, una

inmensa escalera de granito y un árbol de unos 400 años sobresalían en esos jardines privados que se dividían en tres: *Paraíso, En las murallas y Hartig*.

La combinación del color de los tejados de las edificaciones aledañas, las copas de los árboles y el cielo totalmente despejado resultó un escenario irresistible para la cámara fotográfica de mi *Smartphone*.

Tras tomar varias fotos me alejé de los jardines y atravesé un pórtico junto al WC y un puesto de café y llegué al patio interno principal en el que se erigía la imponente *Catedral de San Vito*, conocido como la *Catedral de Praga*, junto al *Antiguo Palacio Real*.

De pie frente a la *Puerta Dorada* miré hacia arriba intentando alcanzar con mis ojos los 100 metros de altura a los que se ubicaba la punta de la *Torre Principal* de dicha catedral que tampoco pudo escapar de los tentáculos de la política restauradora de los monumentos históricos que se venía desarrollando en todas las ciudades europeas que había visitado.

La oscuridad gótica de los muros de la catedral disimulaba las redes negruzcas que colgaban desde lo alto para resguardar el paso de los turistas mientras los obreros trabajaban en las tareas de refacción. De hecho, pararse junto a las paredes de la misma era como abandonar la agradable primavera e introducirse en un frío invierno sin sol. Por ello, la marea de turistas prefería colocarse lo más lejos posible, junto a la entrada del patio para poder tener una mejor vista y, por ende, tomar buenas fotos.

La exorbitante cantidad de visitantes me hizo desistir de ingresar a la catedral que había sido escenario de la coronación de todos los reyes de Bohemia y también del *Antiguo Palacio Real* construido por el rey y emperador Carlos IV. Lo mismo me sucedió con la *Basílica de San Jorge*, el segundo templo más grande del castillo donde se celebraba una misa justo cuando pasé por el ingreso a la misma.

Mientras daba vueltas por la *Plaza San Jorge* me crucé con un grupo de turistas asiáticos -creo que eran japoneses porque alcancé a ver una bandera de ese país estampada en una campera liviana que llevaba puesta uno de ellos- que escuchaba atentamente a una guía que le hablaba en inglés. Así que me senté en uno de los bancos de piedra, cerca de ellos, para prestarle atención a aquella lección de historia.

Según la guía, en 1618 el católico *Fernando II* fue elegido emperador, lo que generó la rebelión de la nobleza de Bohemia, mayoritariamente protestante, que a su vez, eligió como su líder a *Federico V*. Ante esta situación, el nuevo emperador envió dos consejeros al castillo, los cuales fueron arrojados al vacío por una de las ventanas. Se trató de la “*Tercera Defenestración de Praga*” -en la primera ocurrida 200 años antes habían muerto siete concejales a los que también habían tirado por la ventana- y marcó el comienzo de un conflicto que se extendió rápidamente a los demás países checos como *Silesia, Lusacia y Moravia*, y que también repercutió en distintos puntos del continente europeo como *España, Francia, Alemania, Austria, Hungría y Suecia*. Hasta los turcos quisieron ver de rodillas al Sacro Imperio Romano Germánico.

En 1620, el ejército del emperador Fernando II derrotó al del rey Federico V en la “*Batalla de la Montaña Blanca*”, cerca de Praga, tras lo cual, Bohemia quedaría bajo el control de los *Habsburgo* durante casi 300 años, por lo que este triunfo de los católicos sobre los protestantes fue determinante para el futuro de esa región europea que se mantuvo en conflicto hasta 1648, por lo que la historia la llamó “*La Guerra de los Treinta Años*”.

Cuando la guía dio por terminada su breve reseña histórica me levanté del banco y reanudé mi recorrido por el castillo, el cual continuó hacia el *Callejón Dorado*, construido junto al muro norte y que se encontraba cerrado al público, por lo que no pude visitar la casa número 22 de dicho complejo de viviendas donde el escritor *Frank*

Kafka residió entre 1916 y 1917. De todos modos, yo ya había registrado con la cámara de mi celular el frente de otro de los domicilios de este genio de la literatura situado en la calle *U Radnice 5*, cerca de la plaza de Ciudad Vieja.

Satisfecho, continué caminando con cuidado, procurando no tropezar con los adoquines de las angostas calles, en dirección a la salida y justo antes de abandonar el castillo eché un rápido vistazo al *Palacio Rosenberg*, de estilo renacentista y destinado en el Siglo XVIII como residencia para las damas de la nobleza.

Al descender de las escalinatas me encaminé a la parada del tranvía y abordé nuevamente un interno de La línea 22 hasta *Ujezd*, a los pies del *Monte Petrin*. Desde allí caminé un par de cuadras hasta la terminal donde funcionaba el funicular que llegaba hasta la cima de esa colina, el pulmón verde más importante de la ciudad.

La terminal era un pequeño *hall* rectangular con una boletería detrás de un cristal, donde compré el *ticket* y tomé un folleto en checo e inglés que contaba con un mapa de los senderos del monte y los puntos más interesantes para visitar. Luego me coloqué en la fila para abordar el funicular que, a pesar de no ser demasiado extensa, salía del *hall* hacia un patio en el que me crucé con un grupo de adolescentes que debían de haber salido recientemente de la escuela ya que vestían uniformes y cargaban mochilas. ¿En Praga se harán la `rata` o yo soy un mal pensado?, me pregunté, molesto, ya que estos chicos parecían no respetar la fila y se introdujeron en ella apenas uno de sus compañeros salió de la boletería con los pases para todos ellos.

El funicular era tan grande como dos cabinas telefónicas, por lo que tuve que dejar pasar dos viajes para poder subirme recién al tercero, acompañado de varios de los estudiantes que se apretujaban unos contra otros, sin importarles que su sudor emanaba un olor nauseabundo. Por mi parte, permanecí de pie junto a uno de los ventanales del fondo del funicular junto a una pareja adulta de turistas extranjeros que disimulaban

mejor que yo su malestar. Pero a pesar de esa incomodidad disfruté de la vista del exterior a medida que esta diminuta locomotora se elevaba entre la espesura del bosque y en cada claro nos ofrecía una postal de la ciudad que parecía lejana, aunque la colina no superaba los 200 metros de altura.

La salida del funicular daba a un estacionamiento protegido por muros y al caminar por una calle hacia el sur me encontré en un patio de adoquines rodeado de jardines de rosas y a los pocos metros, el edificio del *Observatorio Astronómico de Stefanik* con su cúpula celeste y su telescopio refractor.

El clima continuaba siendo favorable, por lo que volví sobre mis pasos y me dirigí hacia el norte pasando primero por la terraza de un moderno restaurante y después por el frente de la *Iglesia St. Lawrence*.

Justo al otro lado del rellano de asfalto en el que se situaba este templo me llamó la atención un castillo en miniatura en el que funcionaba el *Laberinto de los Espejos*, inaugurado en la Exposición Universal de Praga en 1891, como un espacio lúdico y de divertimento para los niños, así que le eché un vistazo desde el exterior y nada más.

Y un poco más al norte, por otro de los senderos que atravesaban el bosque como en un espiral, estaba ubicada la *Torre Petrin*, también montada para dicha feria como una réplica de la Torre Eiffel pero de sólo 63 metros de alto. Al mirador de la cima de la misma se podía ascender por unas escaleras caracol o por un ascensor de madera, pero esta segunda opción demandaba demasiado tiempo ya que lo podían utilizar pocas personas a la vez y la cantidad de visitantes era, otra vez, exagerada.

A mí me dolían las rodillas de tanto caminar, subir y bajar, y permanecer la mayor parte del día de pie; así que inicialmente dudé en subir a la torre debido a que desde la cima de la colina se tenía igual una gran vista y, además, gratuita. Sin embargo, ya que había llegado hasta allí, traté de no prestarle atención a las dolencias físicas y

opté por subir con cuidado por las estrechas escaleras y descender por el ascensor dado que la bajada era la acción que más molestias me generaba al frenar en cada escalón.

El mirador de la torre estaba a unos 50 metros de la base y ofrecía una vista de 360 grados. Hacia el sudoeste se podía apreciar de manera única del *Estadio Strahov*, en el cual entrenaba el equipo de fútbol del *Slavia Praga*. Pero sólo practicaba ya que las instalaciones no se utilizaban para eventos deportivos sino para conciertos solamente.

La mejor vista era la del lado Este, desde donde se observaba la Ciudad Vieja y el resto de la capital checa del otro lado del Moldava, con otra serie de tejados colorados unidos como si fuesen uno solo, como un refugio en medio de la naturaleza.

La permanencia en el mirador era limitada para que todos los visitantes tuvieran su espacio para disfrutarlo, por lo que a los pocos minutos de haber subido tomé el ascensor operado por un empleado del predio. “Me llevó más tiempo subir y bajar que estar allá arriba”, me dije, resignado, al abandonar la base de la torre.

Si bien ya se había pasado el horario local del almuerzo yo no sentía hambre aún. Entonces elegí uno de los senderos señalados en el mapa del folleto-guía para emprender la bajada de la colina a pie y no en el funicular.

Los caminos eran en zigzag y muchas veces se cruzaban entre sí y continuaban en sentidos opuestos. Yo procuré seguir hacia el sudeste, en dirección a la terminal del funicular, pero me fui abriendo hacia la derecha, hacia el sur. En el recorrido me detuve en el jardín *Kinsky*, el cual contaba con un lago en el que un joven sentado sobre las rocas arrojaba un trozo de rama al agua para que la fuese a recoger su perro, que se zambullía como si nada, una y otra vez.

En dicho espacio verde en honor a la familia *Kinsky*, una de las más ilustres de la Austria-Hungría y de origen milenario en el reino de Bohemia, me detuve a descansar unos minutos y luego reanudé la marcha descendente hasta encontrarme con una *Iglesia*

Ortodoxa Oriental con su arquitectura y esculturas que me llevaron en un viaje mental hacia el antiguo mundo de los *Samurái*.

Tomé un par de fotografías y continué el paseo con la única preocupación de que el sendero por el que iba era transitado sólo por mí. Temí haberme perdido pero enseguida me tranquilicé cuando ya cerca de la base de la colina, el bosque se abrió y me hallé en un parque llano, donde varios grupos de personas adultas realizaban sus *picnics* mientras sus niños jugaban en el césped.

Estimo que éstos eran residentes de Praga que disfrutaban de una jornada al aire libre como si fuese el último –o primer- día soleado de sus vidas. “Lo duro que debe ser el invierno para que celebren así el buen clima”, me dije sin poder apartar la vista de un anciano calvo y arrugado que tomaba sol con el torso descubierto y descalzo como si estuviese solo, sin nadie alrededor.

Mi última parada antes de salir de Petrin fue la *Casa de Verano de Kinsky*, un palacio del Siglo XVIII con una fuente al frente y patios donde los únicos testigos de mi presencia fueron más árboles y jardines floridos. Y sólo cuando a unos pasos de allí me topé con la calle *Holěckova* volví a caer en la cuenta de que estaba en un centro urbano y no perdido en el medio de un bosque lejano y desconocido.

Oscuro arriba en el cielo, algo más claro cerca del suelo. La noche en mi *Ciudad Gótica* es así. Caminando solo por calles que comienzan a quedar desiertas hasta cruzar el puente, donde todavía permanecen algunos curiosos. Ya pasó el horario habitual de la cena pero tampoco es tan tarde. ¿Tarde para qué? Miro hacia las estrellas pero no las veo brillar y no sé si está nublado o si es el reflejo de las luces de los faroles los que me envuelven con su brillo artificial y me enceguecen. Pienso en el caballero nocturno, el hombre murciélago. ¿Existirá? Si hay un lugar en el mundo real donde debería existir es

aquí, entre las sombras de la calle *Mosteckä*, donde las paredes de las fachadas de los edificios están pintadas de distintos colores aunque desde lejos se ven todas iguales.

Las terrazas de los locales gastronómicos empiezan a vaciarse. Para algunos es hora de ir a descansar hasta la mañana siguiente, mientras yo sigo dando vueltas. Mi estómago se retuerce porque han pasado varias horas desde mi última comida, pero no le doy importancia. Siento también cierto temor aunque no sé a qué se debe. ¿Habrá villanos escondidos? Todo puede suceder en un lugar situado al borde de la ficción.

Continúo a pie por un par de cuadras en dirección a una luz elevada, que desde su posición entre el piso y el firmamento, me atrae como una manta en una gélida noche invernal. Pero estoy en plena primavera. De todos modos, acudo a ése llamado. Me transmite seguridad y me quita aquel miedo de causas desconocidas. ¿Será la residencia del millonario que se esconde detrás de una máscara y una capa? ¿Por qué no? Parece ser el edificio más alto de los alrededores.

Detengo la marcha y vuelvo a mirar hacia arriba. Me duele el cuello de tanto echarlo hacia atrás. En la cima hay una cruz dorada. No es una mansión, es algo más. Las paredes del frente son claras, de un color arena, y en ellas descansan figuras negruzcas. ¿Alguna será el hombre murciélago? No creo. Se ven demasiadas rígidas, como estatuas. Es que son eso, precisamente. Las esculturas se ven también en la torre del campanario, un perfecto lugar para vigilar aquel sector de la ciudad. Bajo la vista hacia el folleto-guía en mis manos y leo: *Iglesia de San Nicolás en Malá Strana*.

No fue la creación dentro de una historieta, pero bien podría haberlo sido. Maravillado, me fui alejando de allí hacia la parada del tranvía. Allí, el cartel electrónico que colgaba del refugio con bancos para esperar sentado indicaba que el 22 llegaría en tres minutos, lo que me pareció demasiado ambicioso teniendo en cuenta el tránsito. A pesar de ello, el tranvía llegó puntual y pude regresar al hotel sin demoras.

Imposible aburrirse de lo que siempre funciona como corresponde, me dije. Es que no se trataba de una simple reiteración, monótona y anodina. Era la eficacia y el buen funcionamiento de un mundo que me resultaba cada vez lejano y distante al mío, a pesar de que no tenía la menor idea de qué se trataba este último.